

# HACIA EL QUINTO CENTENARIO

P. Gustavo Gutiérrez  
Teólogo peruano

*1992 es más que una fecha. Es la ocasión de hacer un balance de los quinientos años que -nos guste o no- han constituido lo que hasta hoy vivimos en América Latina. El hecho inicial es llamado descubrimiento, encuentro, conquista por unos; encubrimiento, invasión, dicen otros. En ese proceso la fe cristiana ha estado presente -y ausente- de varias maneras. Esto último será particularmente tenido en cuenta en la Conferencia del Episcopado Latinoamericano (Santo Domingo, Octubre 1992), que se propone buscar los caminos del anuncio del Evangelio para el tiempo que viene.*



## DESDE LA HISTORIA DEL OTRO:

Es necesario tener el coraje de leer los hechos desde el reverso de la historia. En esto se juega nuestro sentido de la verdad. En efecto, sólo la honestidad nos liberará de los prejuicios, las interpretaciones estrechas, la ignorancia, los ocultamientos interesados que hacen de nuestro pasado una hipoteca que nos aprisiona, en lugar de convertirlo en un impulso a la creatividad.

Recuperar la memoria nos hará desechar por inadecuadas, y consiguientemente inútiles, las denominadas "leyenda negra" y "leyenda blanca". Esconder lo que realmente sucedió en aquellos años por miedo a la verdad, por defender bien arraigados privilegios o por el frívolo uso de expresiones llamativas, nos condena a la esterilidad histórica. No se condice, además con las exigencias del Evangelio. Así lo entendieron muchos de los que vinieron inicialmente a proclamarlo a este continente, y que por eso mismo denunciaron con firmeza todo lo que iba contra la voluntad de Vida del Dios del Reino de amor y justicia. Ello hacía exclamar a Guamán Poma, quejosa pero esperanzadamente también: "y así, Dios mío, ¿dónde estás? No me oyes para el remedio de tus pobres".

Querer ocultar los testimonios de la época sobre la inmensa destrucción de personas, pueblos y culturas, así como de sus lazos vitales con el mundo natural, equivale a pre-

tender tapar el sol con la mano. Innumerables textos de misioneros (dominicos, franciscanos, mercedarios, agustinos, jesuitas y tantos más), miembros de las poblaciones autóctonas, cronistas, autoridades de la época han dejado constancia de una realidad atroz.

Las Casas fue tal vez quien más hondo caló en lo que sucedía en ese tiempo y quien articuló mejor una reflexión teológica a partir de esos acontecimientos; pero al hacerlo no fue sino un "primus inter pares", porque tuvo muchos compañeros de ruta y esperanza. Lo que hizo, y con él un puñado de frailes y obispos -y un poco más tarde nuestro Guamán Poma- fue denunciar con claridad que la opresión y la muerte que sufrieron los habitantes de las Indias se debía a la codicia por el oro, una idolatría según las Escrituras. Precisaron asimismo que las injusticias y maltratos existentes antes de la llegada de los europeos (hechos cuya crueldad es necesario mirar cara a cara también) no podían, en lo más mínimo, legitimar el despojo y la explotación de los indios. Verdades elementales que echan sus raíces en el derecho humano y el mensaje cristiano. Al recordarlas expusieron sus vidas, como el obispo Valdivieso, en Nicaragua (carifosa y premonitoriamente llamado por Las Casas "riñoncejo de las indias").

Expusieron también su reputación, porque estos representantes de lo mejor de España fueron considerados -y lo son todavía por quienes permanecen ajenos a la renova-

ción de la historiografía sobre la época- como sostenedores de posiciones "extremistas" y enemigos de su patria. Su pecado consistió, más bien, en quitar la careta a quienes con su comportamiento difamaban a su país y hacían escarnios de la fe cristiana que presumían tener. Lograron así provocar en España, y en las Indias, una discusión sobre la legitimidad de la presencia europea y sus métodos que no se dio en ningún otro país del Viejo Mundo. Nos dejaron también testimonios de realidades, que se esforzaron por cambiar, muchas de las cuales no conoceríamos sin ellos. Empresa difícil ante el carácter avasallador de los hechos de la época, pero que debe ser apreciada con sus límites y posibilidades en su contexto histórico, así como en sus alcances posteriores.

Las Casas nos dejó una pista importante para leer hoy nuestro pasado. A los teólogos europeos, que sin haber pisado estas tierras pontificaban justificando las exacciones que se cometían en ellas, les decía: "si fuésemos indios, veríamos las cosas de otro modo". Es un firme reconocimiento de la alteridad y una negación de la integración por medio del sometimiento y la absorción.

Es también un llamado, difícil hoy todavía para muchos, a cambiar el punto de vista para comprender estos hechos. La historia escrita desde el dominador nos ha ocultado, por mucho tiempo, aspectos importantes de la realidad. Ne-

cesitamos conocer la otra historia, que no es sino la historia del otro, el otro de esta América Latina que permanece con "las venas abiertas" para emplear la célebre expresión de Eduardo Galeano- precisamente porque aquel no es reconocido en la plenitud de su dignidad humana. Su "lejanía" respecto del actual orden socioeconómico y la cultura dominante, hace del pobre, del otro, nuestro prójimo por excelencia, según nos enseñó la parábola del samaritano desde el inicio de la teología de la liberación.

SIN OLVIDAR EL PRESENTE

Si nos interesa una mirada histórica es en función de nuestra situación presente y de nuestra solidaridad con los pobres de hoy. El quinto centenario no debe convertirse en una invitación a hacer retroceder el reloj de la historia. Nuestro acercamiento al pasado no puede estar movido por la nostalgia, sino por la esperanza, no por la fijación a situaciones anteriores, dolorosas y traumáticas, sino por la miseria actual y la convicción de que sólo un pueblo que tiene memoria puede transformar la situación que vive y construir un mundo distinto. La historia, como insistía Bartolomé de Las Casas, "es la maestra de todas las cosas" siempre que vayamos a ella para comprender mejor nuestros días. No podemos quedarnos inmobilizados en el ayer, en esa línea J.C. Mariátegui nos llamaba a no caer en anacronismos: "la Conquista, mala y todo, ha sido un hecho histórico. Contra los hechos históricos poco o nada pueden las especulaciones abstractas de la inteligencia ni las concepciones puras del espíritu. La historia del Perú no es sino una parcela de la historia humana. En cuatro siglos se ha formado una realidad nueva. La han creado los aluviones de Occidente. Es una realidad débil. Pero es, de todos modos, una realidad. Sería excesivamente romántico decidirse hoy a ignorarla". No se puede rehacer la historia. Es una cuestión de realismo.

Nuestro interés y nuestra protesta por lo ocurrido el siglo XVI, con las diferentes naciones y culturas indias, no puede hacer preterir el intrincado proceso de los siglos posteriores -con la llegada de nuevas razas y culturas- ni tampoco la situación de despojo de los pobres de hoy

en nuestro subcontinente. Sería nefasto que el asunto del quinto centenario nos confinara al siglo XVI. En los pobres están actualmente representadas lo que Arguedas llamaba "todas las sangres". Esto configura un estado de cosas muy distinto al que confrontaron los indios y quienes se solidarizaron con ellos en el pasado- pero su testimonio tiene mucho que enseñarnos para responder a los nuevos desafíos y conflictos sociales. También en nuestros días se da una destrucción de personas y culturas y se siguen oyendo "los justos clamores, que con generalidad han llegado al cielo", de que hablaba Tupac Amaru II.

Oponer, como hacen algunos, el indio al pobre es una forma sutil de quedar anclados al pasado, pretendiendo adoptar una postura novedosa. No podemos sino alegrarnos del descubrimiento que estas personas hacen ahora del marginado de nuestra sociedad que durante tanto tiempo estuvo lejos de sus preocupaciones, salvo como objeto de estudio. La crítica a lo unilateral y escuálido de ciertos aspectos que se implican mutuamente y que justamente porque no se fusionan concurren a hacer ver la complejidad del mundo del pobre, despojado y despreciado. Hay aquí un enriquecimiento al que no podemos renunciar. Facilitarse la tarea, escogiendo allí donde no es posible hacerlo, lleva a alejarnos de las personas concretas, de su universo social y cultural, así como de sus sufrimientos, reivindicaciones y esperanzas de hoy.

Urge construir la sociedad desde los intereses y valores de los pobres

de estos días, clases sociales, razas, culturas despojadas y marginadas, la mujer -especialmente la que pertenece a esas capas de la sociedad-. Esa forja que debe ser conciente de la gran variedad cultural y étnica de América Latina, sin pretender -fantasiosa e injustamente- imponer una forma cultural -tardía además- como la cultura de toda la región.

Aducir para ello un pretexto evangelizador, deja de lado la experiencia eclesial de Pentecostés. Lo propio de ésta, según el libro de los Hechos, no fue hablar un solo idioma, sino que aquellos venidos de áreas raciales y culturales distintas oían a los apóstoles "hablar cada uno en su propia lengua". No uniformidad, pero sí diálogo y unidad profunda, basada en el respeto a la diversidad; no integración impuesta, sino aceptación de la alteridad y la heterogeneidad étnica y cultural. El proceso que designa el neologismo inculturación, es sumamente exigente. Para un cristiano él tiene, además, resonancias de encarnación, y por consiguiente de auténtica y profunda presencia en la historia.

La preocupación por la situación actual no puede, en consecuencia, estar ausente del acercamiento a nuestro pasado. En el hoy de la historia, los cristianos deciden su condición de discípulos y su solidaridad con los pobres y oprimidos.

CON AUDACIA

Leer la historia desde el reverso





de ella y desde nuestras preocupaciones actuales, verdad y solidaridad; a ello hay que añadir una perspectiva de futuro y esperanza.

El presente adquiere densidad cuando se nutre con la memoria de un itinerario, cuando se tiene el coraje de identificar los problemas no resueltos, que -por eso mismo- se tragan vorazmente muchos esfuerzos actuales.

Es lo que sucede en América Latina con la cuestión racial; como sabemos, una de nuestras grandes mentiras sociales consiste en decir que no existe racismo en este continente. No tenemos, es cierto, leyes racistas; dada la poca gravitación del orden jurídico entre nosotros, ello tiene escasa gravitación. Poseemos en cambio, algo peor y más difícil de erradicar: hondas costumbres raciales. Lo que viene del horizonte indio, negro y amazónico es objeto de frívolo interés, pero -salvo importantes excepciones- es profundamente menospreciado y marginado. "Te hicieron colectivo, anonimato sin rostro, sin historia" dice expresivamente Pedro Casaldáliga a quien ha experimentado este desdén y encubrimiento por varios siglos.

La nueva evangelización tendrá que ubicar con lucidez y honestidad los retos que la historia pasada y el hoy del subcontinente le presentan. La discusión surgió alrededor de Medellín, se hizo más aguda en las cercanías de Puebla y cobra nueva actualidad al aproximarnos a la cuarta conferencia del episcopado latinoamericano. El debate será, una vez más, fructuoso; siempre y cuando, claro está, se tenga en cuen-

ta las nuevas condiciones, desafíos y reflexiones. América Latina es demasiado variopintada para ser explicada con análisis sumarios y escuetos.

Hay que vencer la tentación -por cansancio, por temor o por interés- de no ver la hondura de las interpretaciones que vienen de una realidad cruel, compleja y dolorosa. La Iglesia debe escuchar todas las voces que buscan hacerse oír en América Latina. Es una excelente oportunidad para echar una mirada global sobre una historia que desemboca torrenciosa y desordenada de nuestros días. No todo en el presente es síntesis y terreno dispuesto a la semilla evangelizadora, amenazada sólo por ideas recientes y foráneas, llegadas de sociedades modernas, según algunos parecen pensar. Nos movemos, por el contrario, en el campo de los hechos sociales y culturales, y en él concurren tantos factores contemporáneos como una historia controvertida. La cultura es creatividad permanente, no se la defiende como tradición si no se la empuja hacia adelante. La vida diaria del pueblo pobre es, pese a todo, fuente permanente de esperanza; ella hace que no desaparezca la alegría, cuya ausencia era para el profeta Joel (1,12) el signo mayor de la profundidad de la crisis que experimenta su nación.

La presencia de la Iglesia en este proceso tiene sus "luces y sombras" como decía Medellín con coraje y probidad. Al mismo tiempo, en estas 2 últimas décadas, las reflexiones, los testimonios de muchos cristianos constituyen una gran riqueza

para enfrentar esta tarea. La nueva evangelización del subcontinente comenzó en esos años. Es innegable que en ellos se ha afirmado una Iglesia que confronta con madurez la realidad en que debe anunciar el mensaje evangélico y ha nacido una nueva manera de ser cristiano. Esto debe ahondarse y abarcar nuevos ámbitos; preocupa por eso la resistencia y el desconocimiento que se dan en algunos ambientes frente a las más fecundas tendencias de la pastoral y de la teología en América Latina de los últimos años.

No se trata de repetir sin más lo descubierto y lo hecho en este tiempo. Evitemos confundir radicalidad con pereza intelectual y falta de decisión para innovar y aprender. Se necesita un gran esfuerzo creador para enfrentar los actuales desafíos de la realidad. Lo elaborado, por ejemplo, en teología en estas décadas tiene que ser repensado y reformulado, incorporando otros temas y perspectivas. Esto lo hará más incisivo ante los endurecimientos, las transformaciones y los nuevos cuestionamientos que se presentan. La fidelidad al Dios de nuestra fe y a los pobres implica la atención permanente al Evangelio y el caminar con el pueblo que vive en una situación cambiante.

En todo esto hay logros evidentes, pero es mucho más todavía lo que queda por hacer y mudar, incluso al interior de la Iglesia. Puebla llama por eso a una conversión de todos los cristianos y del conjunto de la Iglesia. Esto no se logrará sin una actitud que el libro de los Hechos, en la aurora del trabajo misionero de la Iglesia, llama "parresia". Este término griego significa audacia para hablar claro, postura opuesta al temor a la realidad que vemos al presente en tantos círculos eclesiales.

No hay otro modo de evangelizar. Los tiempos nos llaman a enfrentar los desafíos actuales con "parresia", ella se basa en la esperanza en el Señor que por ser "la verdad", por tener -según Las Casas- "del más olvidado y más chiquito la memoria muy viva", "todo lo hace nuevo". También nuestra identidad latinoamericana y el modo de proclamar -en medio de una realidad marcada por la muerte temprana e injusta- el Reino de Vida.

